

PIEJO

Vida Nueva
2.978
27/2-4/3/2016

Identidades entre paréntesis ¿Quién soy y en qué mundo vivo?

ALICIA RUIZ LÓPEZ DE SORIA, ODN
Licenciada en Farmacia y en Teología.
Responsable de Pastoral Educativa
en el colegio Compañía de María de Almería





El mundo actual plantea los más diversos desafíos a los jóvenes, que buscan sintonizar con las últimas tendencias pero sin perder el equilibrio entre su ser original y el ser de las masas. Esta tensión permanente hace que muchos de ellos pasen por la vida ignorando quiénes son, quiénes pueden ser y quiénes quieren ser. Una aproximación a su complejo universo nos ayudará a entender por qué en el descubrimiento de su verdadera identidad se juegan su plenitud vital.

INTRODUCCIÓN

En una reflexión actualizada sobre la *identidad en el momento de la juventud*, advertimos la invitación a superar un discurso centrado en las diversas crisis de identidades que nos amenazan a todos en estos tiempos, con el fin de pensar en la extraordinaria capacidad que están desarrollando los jóvenes para

crear su propia identidad a modo de potencialidad humana emergente en un mundo de cambios veloces y transformación constante.

Según Claude Dubar, en la segunda década del siglo XXI, en Francia se dice adiós a antiguas formas de identificación de los individuos (culturales, estatutarias) y hola a otras nuevas (reflexivas, narrativas)¹. En

el contexto europeo en general, solo en unos meses hemos presenciado acontecimientos tan relevantes como una masiva afluencia de refugiados, un grave atentado del terrorismo yihadista y el primer pacto global contra el calentamiento del planeta. Nos aproximamos a esa condición juvenil, por tanto, en el marco de un mundo complejo, fragmentado y convulso; y observamos que las nuevas generaciones están convirtiéndose, dada la situación de orfandad institucional, en artistas de su propia identidad.

I. ¿SÉ QUIÉN SOY?

La exclamación no se hace esperar cuando, de manera sorpresiva, esta cuestión se lanza a un grupo de educadores: ¡qué pregunta tan difícil! Resulta algo incómoda y desconcertante, demasiado existencialista para los tiempos que corren. “Soy hija, hermana, esposa, madre... educadora...

creyente... tierna y enérgica a la vez... almeriense, de clase social media... me he hecho más ecologista a partir de *Laudato si'*... Puedo decirte quién soy desde múltiples puntos de vista, ¿a cuál te refieres?". Sin embargo, aun a sabiendas de la dificultad de hallar una respuesta plenamente satisfactoria –pues radicalmente somos misterio–, es conveniente hacernos esta pregunta para no quedarnos en los umbrales de nuestra propia humanidad.

Vivimos en un mundo que continuamente plantea desafíos muy variados al joven, que quiere sentirse en sintonía con las últimas tendencias y, a la vez, mantener el equilibrio entre su ser original y el ser de las masas. Por su dificultad, no extraña que la vida de un gran número de jóvenes europeos transcurra ignorando la cuestión sobre ¿quién soy?, más aún, ocultándola.

Vamos a intentar concretar **siete razones** por las cuales es frecuente que los jóvenes eluden este desafío espiritual:

1^a. Han nacido, han crecido y se proyectan en la “civilización del espectáculo”. Mario Vargas Llosa se refiere con esta expresión a la civilización de un mundo “en el que el primer lugar en la tabla de valores vigente lo ocupa el entretenimiento, donde divertirse, escapar del aburrimiento, es la pasión universal”². Otros intelectuales hablan de “la era de la distracción dramática”. En cualquier caso, se nos dice que el ocio ha dejado de ser para los jóvenes la recompensa intercalada entre las jornadas laborales para convertirse en una finalidad permanente, y la distracción es una forma de estar en el mundo.

En este humus social interesan más las intimidades de los famosos que las grandes ideas de los filósofos y se constata una proporcionalidad directa entre los estragos de las sacudidas existenciales y las vidas ciegas, tan entretenidas como distraídas. Dejar de preguntarnos ¿quién soy? deteriora en su raíz la posibilidad de formularnos correctamente ¿quién puedo ser? y ¿quién quiero ser?, retos ineludibles en toda vida humana que deseé lograr su plenitud. ¿Hemos reflexionado si acontecen tiempos de mediocridad cuando las generaciones

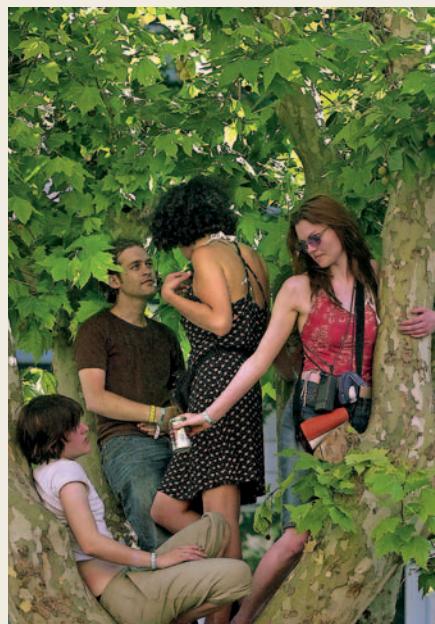
jóvenes no son alentadas por las que les preceden a conocerse y buscar su excelencia humana? ¿Es una consecuencia de la invasiva cultura de la mediocridad el silenciamiento de las cuestiones existenciales?

2^a. Se les incita a confundir el “valor del ser” frente al “tener”.

Cuando falta lucidez, las pulsiones de apropiación nos juegan una mala pasada. Se puede vivir un día y otro sin llegar a percibir que “cuando uno da lo que tiene, deja de tenerlo; pero cuando uno da lo que es, gana, crece, mejora, amplía su ser. Lo tangible se agota cuando se da; pero lo intangible crece y se multiplica”³.

Frente a la adquisición de valores y virtudes humanas que hagan atractivo nuestro ser para los demás, se anima a los jóvenes más insistente a correr –poniendo zancadillas si son inevitables para ganar– para alcanzar metas que suponen obtener bienes materiales que les permitan mantenerse en la cultura del bienestar.

La industria cultural, en una fusión de publicidad, diseño y marketing, es el principal agente que ofrece hoy a los jóvenes las coordenadas de referencia para construir sus identidades personales, desplazando a la familia, al grupo de iguales, a la escuela o a la Iglesia. Con cierto sentimiento de confusión y perdición, los jóvenes se amparan para construir su identidad en los parámetros ofrecidos por un mundo consumista⁴. Sin pensamiento crítico, es muy fácil que un joven se identifique a sí mismo a partir de los productos que consume.



Coincidiendo con la actual crisis global y la elevada tasa de desempleo juvenil, un número considerable de jóvenes, víctimas de la precariedad económica, se sienten excluidos de la sociedad a la que pertenecen y, por supuesto, no reconocidos en su único e intransferible “ser”, en su genuina identidad personal. No nos referimos solo a la experiencia que narran algunos de esos jóvenes que situamos en la denominada “fuga de cerebros”, sino de manera general a los que se perciben a sí mismos como no reconocidos en su formación o expresan sentirse tratados indignamente⁵.

3^a. Respiramos en una cultura donde se identifica el “ser” con el “hacer”.

Cuando nos arriesgamos responsablemente a hacer balance de la propia vida, es decir, a separar lo bueno, lo bello y lo noble que acontece en nuestra existencia de lo malo, lo feo y lo vulgar, necesitamos suficientes dosis de clarividencia y no menos de sinceridad con nosotros mismos. En clave cristiana, es aconsejable que auditor y auditado sean el Dios de Jesús y el sujeto correspondiente, desdeñando tanto la blanda permisividad como la dura exigencia, para, en un momento posterior, dejarse acompañar. En ese situarse conscientemente ante Dios, para dejar que toque la propia vida, es corriente advertir un ritmo inadecuado de trabajo que impide lograr una relación equilibrada entre acción y contemplación.

En un mundo que ensalza la productividad, es legítimo valorar a las personas por las funciones que realizan, los cargos que ocupan, las responsabilidades que ostentan. Cuando esta valoración se radicaliza, los jóvenes reciben el mensaje de “vales por lo que haces” y, con él, la presión de pensar cómo colmar su ser a través de la acción, con una suma interminable de actividades realizadas a un ritmo estresante. Se termina así cayendo por la pendiente de un activismo que solo ansía el prestigio social.

Pudiera ser oportuno meditar que para el maestro Eckhart, cuya obra alienta a la realización humana en plenitud en una época llena de conmociones, todo hacer es esfuerzo de un yo sin consistencia; este



dominico alemán estimará que “la gente nunca debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; tendrían que meditar más bien sobre lo que son (...). Quienes no tienen grande el ser, cualquier obra que ejecuten no dará resultado”⁶. ¿Están los jóvenes, tal vez, rebelándose contra un hacer vivido sin paz y con jactancia?

4^a. Se responde fácilmente a la pregunta *¿quién soy?* con una descripción de la forma de ser, subrayando las cualidades y defectos en el marco de las emociones que prevalecen en nuestra conducta.

Complementariamente, aunque se ha superado el boom de las divulgaciones exclusivas sobre inteligencia emocional, está en alza describirse a partir del conocimiento de las propias emociones, vinculándolas a la inteligencia interpersonal, de manera que valores como la capacidad de diálogo, la empatía y la hospitalidad son altamente definitorios de la identidad personal y colectiva por su aprobación social⁷. En clave creyente, sin embargo, se observa en los ambientes juveniles que son minoritarias las referencias a la inteligencia espiritual y, más concretamente, al “totalmente Otro” (K. Barth), para definirse a sí mismo. Dicho con otras palabras, cuando los jóvenes hablan de su identidad personal es muy frecuente que recurran al legado de aquellas personas que les han acompañado en la vida con su cercanía y apoyo, pero no así a Dios. ¿Para la mayoría de los jóvenes es Dios un

desconocido con el que nunca han tenido trato personal? ¿Vivimos en un mundo donde se afianza un favorecido “eclipse de Dios”⁸?

5^a. La introducción de las nuevas biotecnologías entre nosotros ha vuelto más compleja la cuestión de la identidad humana en general. A nadie se le escapa que, en los inicios del tercer milenio, tiene lugar una revolución biotecnológica, gestada en la segunda mitad del siglo XX, de impredecibles consecuencias para el ser humano y su entorno. El paradigma científico domina entre los jóvenes frente a otros posibles, tal vez como reminiscencia de una fe ciega en la ciencia y la técnica para la resolución de los grandes problemas que acechan a la humanidad, especialmente en el ámbito de la salud.

En medio de una especie de colonialismo digital, aparece como utopía alcanzable la inmortalidad a través de la ingeniería genética (recordemos las expectativas que se despertaron en marzo de 2014 por el descubrimiento de la nueva técnica para modificar los genomas denominada CRISPR). Por otra parte, no solo la existencia de robots como Atlas –capaz de traducir el mundo, sus objetos y sus habitantes a un mapa 3D dentro de sus circuitos cerebrales–, sino también de los biomateriales, es decir, piezas de repuesto para reparar el cuerpo humano fabricadas tanto con componentes naturales como artificiales⁹, van volviendo más compleja la pregunta por la

identidad humana, hasta el punto de no hacerla asequible para todos.

6^a. El conocimiento personal es inseparable del conocimiento de la realidad que nos circunda y afecta, de tal manera que mundo interior y mundo exterior van unidos, interioridad y panrelacionismo han de vincularse. Por interioridad entendemos “el fondo latente, es decir, que se deja presentir sin dejarse captar, el fondo de misterio que comporta nuestro ser y del que permanentemente vive”¹⁰; y al hablar de *panrelacionismo* aludimos a una imagen del mundo como “un flujo de relaciones en cambio constante, relaciones cuyos términos son, a su vez, también disolubles en los nexos de otras relaciones”¹¹. Vivir en armonía el cuidado de la interioridad y del *panrelacionismo* parece propio de una minoría de jóvenes, consciente de que la subjetividad y la reflexión, así como una relación adecuada entre el “yo” y el “nosotros”, se han convertido en elementos centrales para la constitución de la identidad.

Estamos en un mundo, por una parte, cada vez más plural en cuanto a códigos éticos y estilos de vida, y que ensalza el valor de la tolerancia; y, por otra, globalizado culturalmente. En él asistimos a tensiones sociales que, además de generar entre los jóvenes el riesgo tanto de una ausencia de comunidades de referencia como de la dispersión de sus identidades en la masa, dificultan cómo dilucidar el vínculo entre *¿quién soy?* y *¿en qué mundo vivo?*

7ª. Un número considerable de jóvenes considera, sencillamente, que la cuestión ¿quién soy? se les escapa. Los jóvenes que aquí se incluyen suelen aceptar de buen grado estos planteamientos:

■ **A. Rimbaud:** "Yo es otro". Se reconocen en una identidad disociada, en formas de ser diferentes, sin que llegue a darse ningún trastorno psicopatológico. Estos jóvenes defienden que hoy la vida se desarrolla en comportamientos, generando una identidad fragmentada; de tal manera que, por ejemplo, se puede ser alumna universitaria ejemplar durante la mañana, pertenecer a un grupo fundamentalista en privado por las redes sociales y vivir sin ningún tipo de límite la noche. Estos jóvenes transparentan una continua suma de "esto soy aquí y ahora", ¿tal vez porque han crecido en un mundo que exige inmediatez y adaptación?

■ **F. Pessoa:** "Yo es varios". Este gran escritor portugués expresa poéticamente lo que viven algunos jóvenes: "Me siento múltiple. Soy como un cuarto con innumerables espejos fantásticos que dislocan hacia reflejos falsos una única central realidad que no está en ninguno y está en todos. Como el panteísta que se siente ola y astro y flor, yo me siento varios seres. Me siento vivir vidas ajenas, en mí, incompletamente, como si mi ser participara de todos los hombres"¹². Se experimentan falsas identidades o, al menos, identidades personales difuminadas en el contexto cultural, acompañadas de insatisfacción.

■ **Ortega:** "Yo soy yo y mi circunstancia". Yo y las circunstancias son los hilos con los que se elabora un único tapiz de dos colores que

muestra quién soy. La circunstancia es el mundo vital del sujeto, su entorno en un sentido amplio. Estos jóvenes argumentan que tendrían que considerar en profundidad los elementos más determinantes de la cultura juvenil, y especialmente su presente, para definir su identidad. Se trata de una tarea ardua. En ocasiones, manifiestan falta de energías y desmotivación para situarse críticamente ante las circunstancias, a riesgo de llevar una vida menos lograda.

II. PERO, ¿DÓNDE RESIDE LA IDENTIDAD PERSONAL?¹³

Por identidad personal no entendemos un producto que sale de una fábrica en un momento dado, sino el ser y las modalidades del estar que desarrolla la persona hasta el último de sus días, sometida a numerosas influencias exteriores. En la construcción de la identidad personal distinguimos básicamente dos grandes etapas: una de búsqueda y otra de donación; una en la que predomina el vuelo solitario, la salvación de obstáculos y los descubrimientos, y otra en la que fundamentalmente se pisa tierra, se siembra y se favorecen los lazos.

En un mundo mayoritariamente urbanizado, los jóvenes se situarán en la etapa de búsqueda, presentando identidades entre paréntesis, en tránsito, precarias, flexibles, acentuadamente evasivas, abiertas a un sinfín de posibilidades y con el deseo de mantenerse así –sin prisas– hasta asentar rasgos personales que le determinen como un ser humano adulto responsable.

Hay quien responde con cierto enfado cuando se le cuestiona dónde reside la identidad personal: "Esa

pregunta, más que responderla yo, ¿no lo hacen los otros por mí?, ¿acaso la sociedad no trata de dirigirme como a una marioneta?". Y es que la cultura mediática interviene bastante en el juego de "ser", hasta el punto de que es frecuente opinar –entre quienes se emplean a fondo en la construcción de su identidad personal– que es más fácil asumir una actitud pasiva que autodeterminarse permaneciendo atentos y activos.

No es de extrañar que, en una cultura que idolatra el cuerpo, algunos jóvenes entiendan que la identidad personal reside en el físico. El cuerpo, como concepto visual y eje principal de las campañas publicitarias, ejerce la función de support evidence¹⁴. Los spots publicitarios muestran desde los cuerpos Danone de los conocidos yogures al True beauty is curved de Samsung o El cuerpo perfecto de la firma de lencería Victoria's Secret. Se desean cuerpos sanos, bellos y fuertes. Ante la excesiva proyección de estos ideales, los jóvenes pueden reaccionar: "Las técnicas de publicidad del cuerpo perfecto me están acribillando, no están interesadas en representaciones éticas, solo les interesa promover el consumo de bienes y servicios y el beneficio económico; producen prototipos, cuerpos uniformes e irreales. ¡Que nos dejen en paz!".

El cuerpo es espacio de acogida de nuestro ser y nos sitúa en lugares concretos del mundo de manera activa a través de los sentidos. El cuerpo es, además, memoria de nuestra biografía. Ahora bien, el criterio de configuración física, aunque ofrece buenos índices de identificación en ciertas circunstancias, no es criterio suficiente de identidad



IDENTIDADES ENTRE PARÉNTESIS

de las personas, principalmente cuando transcurren períodos de tiempo prolongados.

Se puede establecer el cerebro como el órgano del cuerpo en cuya permanencia reside la identidad de las personas. Entraría en juego ahora la vida mental, una trama en la que se vinculan los deseos, las emociones, los pensamientos, los recuerdos y demás expresiones psicológicas en una sucesión temporal. A estas personas se les puede cuestionar: ¿los enfermos de Alzheimer, por ejemplo, que no pueden gestionar esos elementos de la vida mental, dejan de tener identidad personal?

Definirse exclusivamente a partir de la psicología supone correr el riesgo de asumirse en estima directa respecto al estado de forma de las capacidades mentales, favoreciendo que lo que es relativo se convierta en absoluto o lo que es don recibido se torne una posesión que obnubile. Otro tema conflictivo en el ámbito de la identidad personal abordada desde la psicología serían las falsas imágenes que nos formamos sobre nosotros mismos.

Tratando de buscar un soporte material a la identidad personal, podría exclamarse: ¡la genética es la clave! ¡Soy mi Proyecto Genoma Humano! Pero solo un 0,1 % del total de un genoma, alrededor de tres millones de nucleótidos, explica las identidades individuales. Cabe pensar que el patrimonio genético no es sino una parte, importante sin duda, pero que no contiene el todo de aquello que le confiere la identidad a una persona.

En el ámbito filosófico del siglo XX, surge la noción de "identidad narrativa" como aquella que inserta toda consideración de la persona

en un contexto brindado por la comunidad a la que pertenece y el yo es producto del desarrollo narrativo sobre quiénes somos. Simplificando en exceso, apuntan en esta dirección **A. MacIntyre**, para quien cada ser humano es un cuerpo que responde ante otros en una vida que se entiende como una unidad ordenada de manera teleológica; **P. Ricoeur**, para quien la identidad narrativa es "aquella identidad que el sujeto humano alcanza por mediación de la función narrativa"¹⁵, de tal manera que somos la narración de un relato en el que se entrelazan pasado y presente, autocreación incesante, a su vez, a partir de relatos históricos y de ficción; y **C. Taylor**, para quien "la relación esencial entre el yo y la auto-interpretación implica igualmente una relación esencial entre el yo y otros yos, una relación con la comunidad"¹⁶.

Se defiende, pues, que la identidad personal reside en la narración de nuestra historia, en el hilo que entrelaza los episodios de nuestros años vividos. Esta propuesta ayuda a los jóvenes a concebir horizontes de vida y a reconocerse como seres en proyección. Ellos mismos comprueban que quien no revisa de vez en cuando el horizonte de su vida es como un barco sin timón en medio de un mar con escollos porque, como defienden los que conciben la vida como aventura en las claves de éxito y fracaso, ¿quién soy? y ¿quién quiero ser? van unidos.

En síntesis, es plausible invitar al joven a construir y articular su singularidad, facilitándole que ordene los acontecimientos de su propia vida en secuencias narrativas; a través de esta operación lingüística se identifica y se reconoce como tal, apropiándose y pudiendo responsabilizarse de sus propios hechos¹⁷.

III. ¿QUÉ ELEMENTOS FAVORECEN QUE EL JOVEN DISEÑE UNA "IDENTIDAD VÁLIDA"?

Parece que la sociedad le dice al joven: "Hazlo tú mismo. Construye tu identidad a base de estilos de vida impersonales e intercambiables. Te ofrezco un comercio al por mayor de recetas de individualidad. Elige. ¿No te das cuenta de que estás huérfano tanto de apoyo social

como de dirección institucional?". También pudiera ser que el joven sea quien diga a la sociedad: "No soy un producto comercial resultado de elecciones programadas. Yo decido quién soy. Voy a evitar a toda costa que me manipulen. Decido quién soy a través de lo que hago aquí y ahora. Solo en algunos temas proyecteo a largo plazo".

¿Se podría hablar de "identidades válidas" por su competencia para desarrollarse satisfactoriamente en el mundo competitivo y desigual en el que nos ha tocado vivir? ¿Supondrían las "identidades válidas" la capacidad de integrar la no correspondencia en ocasiones entre la identidad personal y las exigencias y provocaciones de la realidad externa? ¿Serían "identidades válidas" aquellas que lograsen equilibrio entre polaridades humanas como el ser relacional y el ser sujeto en soledad, el ser inmanente y el ser trascendente...? ¿Hay elementos que facilitan construir "identidades válidas"? Atendamos a esta última cuestión.

■ Un elemento básico sería escucharse a uno mismo, para lo cual se requiere aprecio por el silencio. Nada ha cambiado más últimamente la estructura de la persona que la pérdida del silencio como matriz de la palabra, hasta el punto de que la crisis de la palabra ha sido precedida por la crisis del silencio. La palabra que nace del ruido deja de estar al servicio del encuentro y cae en la incoherencia. La incapacidad para el silencio conlleva, a su vez, la incapacidad no solo para escuchar al otro, sino también para escucharse a uno mismo. Se requiere silencio para distinguir la voz interior de las voces exteriores y, así, hacernos más aptos para responder a la pregunta ¿quién soy?

En "una cultura hiperíonica, que tiende a valorar más el parecer que el ser, el look que la identidad"¹⁸, debiera interesarnos descubrir la presencia que nos habita y condiciona nuestras acciones. Practicar la escucha a uno mismo es un signo de autoestima. Detenerse a escuchar la propia vida, la propia historia, puede desvelarnos el hilo conductor de un plan extraordinario. Puede ocurrir que tengamos miedo de nosotros mismos, pero la experiencia nos dice que, cuando eludimos el tema, aumenta la posibilidad de



que se conviertan en realidad los peligros que conlleva ese miedo.

■ Un elemento plenamente actual es la convivencia pacífica con lo distinto considerada como fuente de enriquecimiento mutuo. Es significativo el éxito sin precedentes que obtuvo hace unos años en Francia la película *Intocable*, de Éric Toledano y Olivier Nakache, basada en una historia real. De una atípica relación entre un multimillonario parisino que se ha quedado parapléjico y un senegalés barriobajero y delincuente surge una amistad que humaniza a ambos. Es una historia en sintonía con un mundo necesitado de diálogos entre diferentes; por medio de conversaciones y gestos, propone el amor como sanación, alaba la responsabilidad sobre la propia vida y exalta el valor de la diversidad. Elementos, todos ellos, que están en sintonía con la experiencia y la sensibilidad juvenil. *Intocable* está en la onda de una nueva cultura emergente que puede llevar en sus entrañas un pluralismo de identidades colectivas, superando la idea de que los otros, por ser otros, sean enemigos.

■ En tercer lugar, un elemento clásico en cualquier espiritualidad que se precie: tener presente la finitud humana. Las experiencias de los límites y, en ellas, la experiencia del límite de la vida siempre que acontecen nos resitúan, favoreciendo una vida más auténtica. Es cierto que quien se siente autosuficiente y perfecto, quien cree que lo controla y lo puede controlar todo, desprecia los límites hasta que se le imponen, pero, obviamente, estas personas se equivocan en su modo de situarse. Considerar con serenidad la finitud humana estimula la capacidad de autodefinición y ayuda a corregir malestares identitarios; advertir que los días que tenemos por delante están contados provoca que deseemos ser nosotros mismos, frente a la tentación de vivir vidas ajenas.

Tener presente la finitud de la vida humana nos hace buscadores constantes de sentido para nuestra propia vida. Los agentes evangelizadores tenemos experiencia de que potenciar dicha búsqueda conlleva favorecer la construcción de identidades personales, en la medida en la que se propicia



indagar sobre quién soy y cuál es mi lugar en el mundo.

Ponemos fin a este apartado porque si hay algo que realmente favorece construir una identidad válida es no quedar atrapado en un mundo donde reina la *infoxicación*, es decir, una sobresaturación de información que puede llegar a causar ansiedad y angustia. “La *infobesidad*, como en algún momento se le ha llamado al exceso de información de toda índole (...) sobrecarga y termina embotando los sentidos y la capacidad de raciocinio de discernimiento y, por supuesto, de reacción, tanto de los individuos de forma aislada como de todo el cuerpo social”¹⁹.

IV. EL TESTIMONIO DE UNA VIDA IDENTIFICADA CON JESUCRISTO AYUDA AL JOVEN A DESCUBRIR SU VERDADERA IDENTIDAD: CRIATURA DE DIOS ÚNICA

Comencemos señalando algunas claves actuales de la identidad juvenil: la valoración de la libertad

y la autonomía, ser seducido por la autenticidad, poner espontáneamente su capacidad creativa al servicio de una convivencia humana solidaria, enfrentar el futuro a modo de aventura, ser tremadamente celoso de la narración de su historia de dolor, entregarse a los retos con pasión cuando se le otorga verdadera confianza, una sensibilidad efímera e inoperante ante las situaciones dolorosas no vinculantes, apoyo a nuevas formas de participación social, la insumisión a la injusticia, férrea custodia de una intimidad que relativiza las opciones sexuales, la afirmación de la dignidad de cada ser individual, la toma de conciencia de los límites ecológicos, una tolerancia a veces alimentada por la indiferencia y el relativismo, una desconfianza generalizada, el enfado como estado anímico latente, la consagración del presente placentero y la preocupación por la imagen personal.

Entre las claves mencionadas, ninguna toca el ámbito religioso. Es cierto que la Generación de los

IDENTIDADES ENTRE PARÉNTESIS

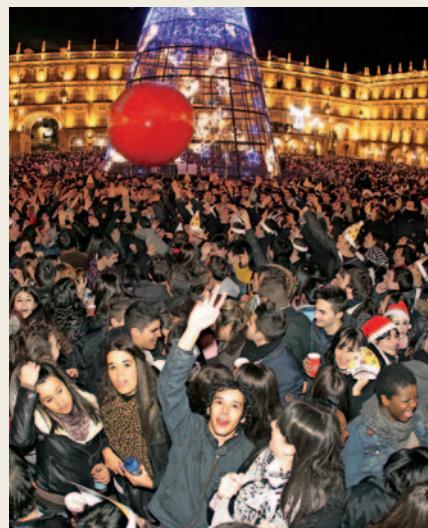
Millennials o la Generación selfie o la Generación de la sospecha o la Nueva generación Mill –según se etiquete a los jóvenes actuales– está desafectada de todo lo que huele a religión. Ahora bien, de partida, hay quienes pensamos que la dimensión trascendente del ser humano es irrefrenable y que es conveniente que sea atendida convenientemente en la época de la juventud; un paso ulterior consiste en dar a conocer un Dios que crea por amor, cuya presencia consiste en afirmar el ser de la creación, un Dios que promueve la libertad del ser humano, un Dios que, siendo una presencia gratuita y respetuosa con la historia humana, está atento única y exclusivamente a la promoción de esta.

Es legítimo cuestionarse qué puede aportar el cristianismo hoy a un joven que construya su identidad personal: la figura de Jesús de Nazaret como modelo de identificación. Para el joven creyente, buscar respuesta a la pregunta ¿quién soy? implica iniciar un camino de búsqueda interior en diálogo con la realidad que le circunda, en actitud atenta, cuidando los medios, para terminar entablando fundamentalmente un coloquio con Jesucristo, que es quien le muestra el rostro de Dios.

La vida de los creyentes adultos, posiblemente la más importante biblia que lean los jóvenes al iniciarse en el conocimiento de Dios, ha de

tratar de transmitir la certeza de que, en lo más profundo de su ser, desde el comienzo de su existencia, se ha puesto un “germen de positividad indestructible” que le vincula a Dios, que crece en el curso de la propia historia, día tras día, con un sentido realmente misterioso. Dicho germen, en un determinado momento, indica un proyecto preciso como una dirección concreta donde desarrollar esa positividad. Ese germen de referencia, sustancialmente positivo y estable, consiste en ser criatura de Dios única.

Con el aval de una experiencia creyente que tiene a Jesucristo como modelo humano de identificación, se puede transmitir que la cuestión de la identidad personal solo tiene



respuesta última ante la presencia misericordiosa de Dios, o dicho de otro modo, en la experiencia del abrazo de Dios misericordioso. En dicho abrazo se nos revela que somos criaturas de Dios únicas. Y aún más, la fe cristiana nos revela que, para tratarnos unos a otros como merecemos, templos de Dios vivos (cf. 1 Cor 3, 9-17), necesitamos descubrir quiénes somos: criaturas de Dios.

Y surge la invitación: “Joven, ánimate a descubrir un horizonte de la realidad, de ti mismo y de cuanto te rodea, en presencia de Dios. Dios es libre, Dios confía, Dios apuesta por la autenticidad, Dios es creativo y reinventa el futuro cada vez que se tuerce, Dios imagina otros mundos posibles, Dios sonríe, Dios ama, Dios no tiene prisas, Dios disfruta contigo, Dios está reconciliado con el verdadero placer de los sentidos, Dios habla también en el silencio, Dios se compromete de verdad con el débil, Dios se hará presente en la experiencia de los límites... Con ese Dios a tu lado puedes llegar a tu excelencia humana”.

Por último, subrayar que al verdadero conocimiento de uno mismo y, por ende, al conocimiento de Dios no se llega a fuerza de puños, sino a través del don y de la gracia. Se trata de una experiencia personal. Ahora bien, se hace un auténtico regalo intentando facilitarla. ●

Notas

1. Cf. DUBAR, C., *La crisis de las identidades: la interpretación de una mutación*, Bellaterra, Barcelona, 2015.
2. VARGAS LLOSA, M., “La civilización del espectáculo”, en *Letras Libres*, Febrero, 2009, p. 6.
3. TORRALBA, F., *Pasión por educar*, KHAF, Madrid, 2015, p. 21.
4. Cf. GONZÁLEZ-ANLEO, J. M., *Generación ‘selfie’*, PPC, Madrid, 2015, p. 240.
5. “Sin duda, el fenómeno de los indignados ha sido y es un acontecimiento relevante; pero lo que se ha situado en el primer plano de la actualidad es el valor de la indignación moral”: ARANGUREN, L. A., “La indignación sumergida”, en *Indignación. Caminos de transgresión y esperanza*, PPC, Madrid, 2014, p. 11.
6. ECKHART, M., *Tratados y sermones*, Edhsa, Barcelona, 1983, p. 91.
7. “El hecho fundamental de la existencia humana no es ni el individuo en cuanto tal ni la colectividad en cuanto tal. Ambas cosas, consideradas en sí mismas, no pasan de ser formidables abstracciones. El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de la existencia en la medida en que se edifica con vivas unidades de relación. El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre”: BUBER, M., *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 146.
8. Cf. BUBER, M., *Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*, Sígueme, Salamanca, 2003.
9. Cf. VALLET REGÍ, M., MUÑUERA MARTÍNEZ, L., *Biomateriales: aquí y ahora*, Dykinson, S.L., Madrid, 2000.
10. MARTÍN VELASCO, J., en *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid, 2004, p. 10.
11. RORTY, R., *El pragmatismo. Antiautoritarismo en epistemología y ética*, Ariel, Barcelona, 2000, p. 140.
12. <http://pessoa-s.blogspot.com.es/2011/03/me-siento-multiple.html>
13. Cf. SERRANO, G., “Identidad personal”, en TEALDI, J. C. (dir.), *Diccionario Latinoamericano de Bioética*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2008, pp. 318-321.
14. Cf. MUELA, C., “La representación del cuerpo en la publicidad gráfica: funciones comunicativas y tipología”, en *Questiones Publicitarias*, vol. I, nº 13, 2008, pp. 10-26.
15. RICOEUR, P., *Historia y narratividad*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 341.
16. NAVAL, C., *La identidad personal en A. MacIntyre y Ch. Taylor. El Primado de la persona en la moral contemporánea: XVII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, dir. AUGUSTO SARMIENTO, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1997, pp. 772-773.
17. Cf. www.centromency.com/ipra/postracionalismo
18. GUBERN, R., *Del bisonte a la realidad virtual*, Anagrama, Barcelona, 1996, pp. 176-177.
19. GONZÁLEZ-ANLEO, J. M., *Generación ‘selfie’*, PPC, Madrid, 2015, p. 144.